

*Tamatea,  
novia del otoño*



LUIS BERENGUER

---

Tamatea,  
novia del otoño



1.<sup>a</sup> edición en Algaida Editores: marzo, 2009

© Herederos de Luis Berenguer, 1980, 2009

© Algaida Editores, 2009

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-169-5

Depósito legal: M-8706-2009

Impresión: Huertas, I. G.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Pensando en ti buscándote*  
*melancolía melancolía*  
Il pensiero ha per cima la follia  
*Adiós lujuria*  
sex o'clock  
*ven pureza*  
*ven alma*  
*ven galera de oro*  
*siéntate en tu trono*

CARLOS EDMUNDO DE ORY



*Para mi hija Nena, que se fue  
con otro, y para mi otra hija, bi-  
siesta y supernumeraria, Nené  
García de Paredes y de Falla.*



SOMOS GENTE IMPORTANTE, HOMBRES DE EMPRESA, *jet society*. Como dice Jaime, mi yerno, somos la pura jeta, el puro pedo. Especulamos duro, *comme il faut*, para apartarnos todos en el damasquinado gueto alrededor del golf, el polo y las soledades de la playa. Somos clase selecta, autodiscriminada contra el rancio estilo patrio que olía a garbanzos con judías, y contra el pueblo que siempre huele a pueblo. Nuestros nuevos castillos se guardan con la distancia y con las lanzas del riego por aspersión; nuestras calles de asfalto, ajardinadas, sin guardias ni semáforos, se defienden, con badenes en todas las esquinas, de la velocidad; hay que rodar al paso o dejar los testículos del coche pegados al badén, y así es una caricia del tránsito rodado ese solemne abaniqueo de los faros sobre la noche. Aquí crece el silencio de las rosas y de las campanillas entre acacias, laureles y rododendros: nada de escapes libres, de rumores plebeyos, de voces con la boina y

la capacha. Todos los que gozamos de este aire puro, somos mucho más ricos que el del chalet de enfrente y que el del chalet de al lado; nuestro tono es distinto, un poco más distinguido, y mejor nuestro inglés; estadísticamente no tenemos vecinos, meramente testigos de nuestro propio espectáculo en tecnicolor, de nuestro aire decadente, algo contestatario, conseguido con despreocupación: un simple *blue jeans*, un buen par de alpargatas, como diseñados por Pertegaz con sus parches y zurcidos, o un detalle de Gucci, los zapatos ingleses y un aire deportivo de regresar del Annapurna en lugar de regresar del Dinner's Club.

Las viviendas son modernas, demasiado modernas, pero de un clasicismo encantador, mezcla de Le Corbusier y Visconti: las primeras medallas de todas las bienales, Violas, Perellones, Guinovarts, Tàpies, Mirós, mobiliarios funcionales mezclados con caprichos de almonedas, en su sabor y salsa, sin barniz, sin restaurar, el detalle exquisito y confortable del mueble inglés, sin tapizados de mal tono, por llamativos o de escay; buenas alfombras, buenas iluminaciones, buena ha-bi-ta-bi-li-dad.

Concretamente nosotros tuvimos el capricho de hacerle un robo al mar donde sobraba terreno para levantar un reino. Formamos una isla con un puentecito para darnos el gusto de vivir rodeados de agua por todas partes menos por una que se une al continente y, sobre la escollera de tetrápodos, volcamos una playa artificial, tan rubia como la otra sobre la que se alzan Los Leones, la *istva* veraniega que fue

como el *Mayflower* y que terminó por darle nombre a la urbanización.

Ahora, en la casa de Los Leones, viven Jaime, su mujer, mi nieto y dos criadas. La vivienda actual se construyó sobre la planta antigua que yo medio alquilé, medio compré, por dos mil pesetas *ad aeternum*. El nombre de Los Leones vino un poco rodado: acababa de casarme con Eulalia, cuando Daniel y Camino salieron para Nairobi en un viaje de placer y me preguntaron si quería que me trajeran algo.

—Sí, un león.

Fue una *boutade* pero, al parecer, en una de sus andanzas africanas se encontraron una camada de leones huérfana, o abandonada por la madre y, aunque les costó un dineral el traslado y las licencias del traslado, se me presentaron en casa con aquellos cinco bichos malolientes que tomaban biberón. Procuré no mostrarme sorprendido para seguir el juego y los leones fueron a parar a la casita de la playa donde murió una hembra a los dos días; después, un cazador de tórtolas disparó contra un machito enjaulado. Tres se granaron y andaba yo, como un esnob, matando perros ajenos para dar de comer a aquel zoológico: dos leonas y un león. Por eso la casa antigua, informalmente, vino a llamarse Los Leones, nombre que heredó la nueva cuando Eulalia, mi mujer, se la regaló a Laly por su boda con Jaime, o al revés —la cosa parece que no está clara todavía—, a Jaime, cuando se casó con nuestra hija.

La urbanización de Los Leones fue el negocio del siglo: costó más diligencias que dinero porque in-

cluía sol, arena, pinares y baldíos; unos trozos sin dueño, otros ranchitos con títulos ganados por ocupación y cuyos propietarios eran pescadores, picosneros, algún pastor de cabras y gente así. Yo no compré el terreno con vistas al negocio, ni por avidez de dominar el agro: lo compré un poco para sentirme terrateniente y, otro poco, para evitar que los tortoleros dispararan contra mis leones. La cosa fue que junté trescientas cincuenta hectáreas por menos de doscientas mil pesetas: se dice y no se cree. Después aparecieron un inglés y un alemán, gente muy organizada, y empezaron a calentarme la cabeza con el proyecto de un campo de golf. A mí el golf me da alergia, como el *bridge*, el teatro y la doma de alta escuela. Cuestión temperamental: me fastidian las pelotitas, los monólogos de Hamlet y ver a un animal, tan espléndido como el caballo, haciendo el gilipollas.

Sin contar con Eulalia, al inglés y al alemán los mandé a hacer puñetas, pero Eulalia, en cierto modo, había sido la inspiradora de la idea del club y, como el terreno estaba allí y el inglés y el alemán, en vez de haberse ido a hacer puñetas, siguieron incordiando con tenacidad europea, tuvimos golf. Esto me costó un dinero que no tenía porque nunca consentí tocar el capital de mi mujer, ni utilizar su crédito, en beneficio de lo mío. Eulalia era lo mío según la ley de Dios, pero no sus negocios, según la otra ley y las cláusulas del matrimonio pactado con separación de bienes por exigencias de la Sociedad Anónima, S.A. (cuya accionista mayoritaria y presidenta del Consejo de Administración era, precisamente, mi Eulalia

de mi alma). Por eso anduve de banco en banco, de trampa en trampa, hasta que me vi obligado a parcelar la playa para no ir a la cárcel. Así fue la verdadera historia y no como se escribió.

Eulalia dio el toque definitivo de urbanizar la sociología antes que los terrenos: para adquirir una parcela se hacía imprescindible pasar por su tamiz. Yo tenía penuria de dinero, no conocía a nadie y, las primeras parcelas que vendí, las compraron las amistades de mi mujer. Si el camino era ése, adelante: mientras quedaran amigos de Eulalia dispuestos a comprar, yo vendería hasta sacar el cuello a flote, porque los bancos suelen ser prestamistas avisados que terminan por llevarse la parte del león.

Lo malo fue que los primeros colonizadores, los *pilgrims* del *Mayflower*, vinieron con su estilo bajo el brazo y no eran tenderos, ni tenían el brillo detonante de la primera generación emancipada de la pequeña burguesía, sino gente de clase, *o seasé*, personal tolerable para quemar una velada ni demasiado brillante, ni demasiado cálida, simplemente aburrida, con la soltura suficiente para manejar el cuchillo y el tenedor, no confundir —muy en líneas generales— al Greco con Picasso, entender algo de perros y caballos y, tal vez, contar con una opinión dubitativa sobre la conveniencia de veranear en los Alpes o en Taormina. Yo no había contado con eso y, sin embargo, eso fue la explosión y eso fue el éxito que nunca había deseado ni soñé. Dimos con el buen tono, con la ilusión del hormiguero donde cada hormiga sabe, positivamente, que es mucho más importante que

las demás, más guapa, más especial, in-com-pa-rra-ble-men-te. Las demás, claro, son ordinarias, descien-den del mono, huelen mal en cuerpo y alma, y siguen, a calzón sacado, las huellas del mal gusto. Las del bue-no, nosotros, teníamos cita en Los Leones.

Estaba ya hecho el golf cuando se hizo el asfalto, se hizo el «Prohibido el paso», el «Nosotros sí, voso-tros no», y vinieron a ofrecermé por un cacho de arena lo que me había costado el terreno y el golf, con su club y su *lawn*, ambos incluidos: uno no era de piedra. Además, uno de los leones, el macho concre-tamente, que era muy juguetón, se le subió a las es-paldas a un funcionario de la bodega que se llamaba Odilo Lamela (y que se sigue llamando igual des-pués de tantos años), y me dio el disgusto. Aquello agotó mi resistencia: los leones fueron a parar al zoo y, cuando iba a visitarlos, ni caso me hacían. Quizá a estas alturas se hayan muerto, no lo sé: fue lo único mío que he tenido en la vida.

Sin necesidad de matar perros y sin leones, ¿qué podía hacer yo? Se parceló el terreno hasta la carre-tera, se hizo el campo de polo, la Isleta, donde ahora está mi casa sobre un relleno que pretendía evitar que las mareas descarnaran las arenas de la playa.

Ya estamos todos juntos, pero no revueltos: so-mos un veraneo de humanidad que se niega a enve-jecer, de hoja perenne, con el afrodisíaco y las hor-monas rumanas; somos unos muchachos espléndidos a los que nunca se nos muere nadie, ni luchamos con-tra el hambre, el frío y el calor, siempre más ricos que anteayer y siempre conservadores de las esencias tra-

dicionales. Somos la «pura jeta del puro pedo de la pura mierda», como dice Jaime, y le doy la razón con mi sonrisa, cálida todavía, juvenil, con mis dientes propios que muerden la ironía porque, precisamente yo, ¿o no fui yo?, tuve la culpa de cambiar mis leones por estas otras fieras tan perfectas que no eran de mi mundo, el que olía a garbanzos con judías, del pueblo que olía a pueblo, a hombre y a mujer, esas cosas que hace ya tantos años que no huelo.

Pienso que, cuando muera, me pondrán en estatua sobre la colina de los Laureles, en el centro del golf, y allí irán todos los perros caros a mear, con la pata alzada para evitar que el bronce de mi recuerdo quiera vengar la afrenta cayendo sobre ellos. Tendrá su pedestal de piedra rubia y, para condensar mi historia, esta leyenda lacónica, monumental: «Marido de Eulalia. *Laus Deo*».